

Cinco obras maestras

F. L. CHIVITE*



Los cinco libros que he elegido son cinco obras maestras de la literatura. De eso estoy seguro. Digo que los he elegido, pero quizá resultaría más exacto decir que fueron ellos los que me eligieron a mí en su momento: por lo que me fascinaron entonces y por lo decisivos que han sido para mi posterior dedicación literaria. Los cinco los leí a una edad temprana, entre los quince y los veinticinco años. Esa es la edad en la que uno se hace lector de verdad — y para siempre. El acto de leer se convierte, a esa edad, en una especie de ceremonia de iniciación, y uno acaba teniendo la sospecha de que se ha adentrado en un camino que ya nunca abandonará.

19

Para acotar un poco el terreno, he preferido limitarme a la narrativa del siglo XX. Sólo un instante después me he dado cuenta

de que mis cinco títulos pertenecen a lo que podría denominarse *narrativa breve*. En efecto: siempre me han gustado los libros que pueden llevarse en el bolsillo trasero del pantalón. Libros que pueden leerse en un día y que, de hecho, es aconsejable leer de un tirón, casi en trance. El más voluminoso tiene el grosor de un dedo meñique.

Además, estos libros son puertas en la gran casa de la literatura. Siempre he imaginado la literatura universal como una gran construcción. Un palacio enorme lleno de grandes salones, de habitaciones lujosas y amplias galerías que corresponderían a los grandes autores de todos los tiempos. Pero repleto, a la vez de otros cuartos menores, cámaras más íntimas, recónditas alcobas, habitáculos secretos detrás de una pared movediza, pasadizos estrechos, oscuros sótanos, húmedas bodegas, o áticos casi inaccesibles, mansardas olvidadas, celdas para estar solo. Cada uno de estos sitios pertenecería a un autor, pero no todos serían igual de accesibles. Hay autores, o libros, a los que sólo se llega a

* Como poeta ha publicado *La inmovilidad del perseguido*, *El abismo en la pared* y *Calles poco transitadas*. Es autor asimismo de las novelas *Los seres indefensos* y *La tapia amarilla*. Columnista de El Diario de Noticias. Premio Euskadi.

través de otros, después de haber recorrido unos cuantos pasillos, después de haber abierto unas cuantas puertas y haber pasado unas cuantas noches en gabinetes acaso un poco inhóspitos.

Pero hay libros, como he dicho antes, que poseen la virtud de ser puertas de entrada a ese gran palacio. Y los que voy a citar, creo que lo son. Allá van: *La metamorfosis*, de Franz Kafka. *El extranjero*, de Albert Camus. *Cuentos de Odesa*, de Isaak Babel. *Molloy*, de Samuel Beckett. Y *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger.

De todos ellos, puedo decir que conservo presente el momento en que los leí por primera vez. Si era por la mañana o por la tarde. En algunos casos, no recuerdo la fecha exacta, pero sí, sin duda, la estación del año. *La metamorfosis*, por ejemplo, lo leí una mañana de sábado luminosa y fría. Tenía diecisiete años. Era invierno y los cristales estaban empañados. El momento de abrir ese libro lo tengo asociado a la imagen de los cristales empañados y al hecho de que, al otro lado de la puerta cerrada de mi habitación, continuaba la vida, toda la agitación de un sábado por la mañana en la casa familiar. Era una edición de la editorial Losada: recuerdo hasta el olor de las páginas de pésimo papel amarillento. *El extranjero* lo leí con dieciocho años, en otoño, al empezar el curso. *El guardián entre el centeno*, en junio. *Molloy* lo leí y lo releí durante todo un verano, a los veinte, por el día y por la noche. Y los *Cuentos de Odesa*, también en invierno, un día que estuve enfermo, probablemente a mediados de febrero, bajo mantas, con luz artificial.

20

Todos ellos ejercieron una fuerza de atracción misteriosa desde la primera página. Quizá, podría decirse incluso que desde la primera línea. Algo muy difícil de encontrar. Además, son libros reveladores. Uno presiente que lo que está leyendo, aún cuando el protagonista sea un insecto monstruoso o un lisiado vagabundo arrastrándose por un páramo vacío, es algo que posee una verdad que nos interesa personalmente. Desde entonces, eso es lo que busco en todo libro, el criterio (para mí) indispensable de toda buena literatura.

Probablemente hubiera podido citar libros o autores más prestigiosos, pero he preferido quedarme con los que más quiero y mejor conozco. El hecho de haberlos leído a una edad temprana es algo que los sitúa evidentemente en un lugar de preferencia. Es imposible substraerse a ello. No hay nada como la fascinación de la primera vez.